

## Ledesma Ramos y el Fascismo Pedro Carlos González Cuevas

Si se tiene en cuenta que los historiadores discuten todavía hoy sobre la naturaleza del fascismo, no hay por qué extrañarnos de que sus contemporáneos se sintieran perplejos ante aquel nuevo fenómeno político y experimentaran considerables dificultades para proporcionar una interpretación adecuada de la situación en que estaban viviendo (1).

No obstante, hoy, a pesar de que sigue siendo un tema de controversia, se encuentran ampliamente refutadas aquellas interpretaciones del fascismo cuyo contenido «demonológico» estaba más cerca de la diatriba político-ideológica que de la investigación científica (2). En ese sentido, el fascismo es visto hoy como expresión política de unas clases medias «emergentes», que deseaban una mayor participación a nivel social y político en sus respectivas sociedades (3); y cuya ideología, heredera de la «rebelión contra el positivismo» de finales de siglo, se caracterizó por una peculiar mezcla de elementos voluntaristas, nacionalistas y colectivistas (4). La emergencia social de estos movimientos políticos coincidió y fue también expresión social del proceso de reconstitución política del sistema capitalista europeo, como respuesta a la crisis revolucionaria surgida a partir de la revolución rusa. Este proceso implicó la creación de nuevos marcos institucionales de distribución del poder que aplicaban un desplazamiento a favor de las fuerzas organizadas de la economía y la sociedad en detrimento de un parlamentarismo cada vez más debilitado (5).

Naturalmente, no existe un fascismo en sí; hay variedades nacionales, cada una de las cuales actúa a su modo, dentro de un contexto histórico-social dado. Sin embargo, sí existen, a nuestro entender, una serie de características genéricas, como el principio de liderazgo carismático, el Estado totalitario, el lenguaje revolucionario —hábil mezcla de lo elitista con lo plebiscitario—, dirigismo económico, corporativismo y «movilización total» de la sociedad, que contribuyen a individualizarlo, al menos a un nivel ideal-típico, como uno de los grandes movimientos sociales del siglo.

En ese sentido, la obra y la acción política de Ramiro Ledesma Ramos tiene la enorme virtualidad histórica de resumir, en términos ideológicos, la problemática del fascismo en España, sus elementos de fuerza y debilidad, sus contradicciones; y es, además, la expresión cristalina de las motivaciones y condicionamientos de una de las variantes ideológicas del nacionalismo español.

Socialmente, los movimientos fascistas tuvieron como sujeto impulsor en Italia y Alemania a la pequeña burguesía «emergente», es decir, a unas clases medias de tipo moderno y propias de las zonas donde el desarrollo capitalista había sido mayor; y cuya aspiración era la conquista del poder político para consolidar su papel social y desplazar a las viejas élites dirigentes. Fueron estos sectores sociales los que constituyeron fundamentalmente el fascismo «movimiento» en el que residieron aquellos elementos modernizadores que sirvieron de fundamentación hegemónica frente a la alta burguesía y el proletariado (6).

Esta perspectiva hace resaltar el carácter autónomo de los movimientos fascistas. Antes que mero instrumento de las clases dirigentes, como pretende el marxismo vulgar, el fascismo es una fuerza política autónoma, que cuenta con bases sociales propias (7).

De la misma forma, la historia contemporánea es también filosófica, en el sentido de que es la realización y verificación del profundo cambio cultural y psicológico provocado por la «revolución intelectual» de rebelión contra el positivismo que arranca de finales de siglo, y que iba a dar lugar a la creación de nuevos fundamentos culturales, como el psicoanálisis, el historicismo idealista de Croce y Gentile, el intuicionismo de Bergson, la sociología de Weber, el existencialismo de Heidegger, el marxismo antipositivista de Sorel, Gramsci, Lukács y Korsch, el decisionismo de Carl Schmitt, etc. Frente a la razón plenamente establecida del positivismo, lo irracional resurgía. La razón histórica y vital se manifiesta de nuevo e intenta ajustar cuentas con la fría razón abstracta reinante (8).

Los movimientos fascistas fueron, en ese sentido, la expresión política de postguerra de los movimientos intelectuales nacidos de la crisis del positivismo que comenzaron a aparecer a finales de siglo. Las corrientes ideológicas que habrían de desembocar en el fascismo se nutren de diversos aspectos del pensamiento de la derecha, como el neohegelianismo; y de las consecuencias colectivistas de raíz jacobina —rousseauianas y socialistas— interpretadas en clave nacionalista. Así, el fascismo, en sus diversas variantes, se presenta como una doctrina de síntesis, recogiendo, por una parte, la reivindicación nacionalista, no ya de la burguesía, sino del conjunto de la población, y, por otra, contenidos de ideologías revolucionarias. En pocas palabras, se presenta como un nacionalismo revolucionario.

La doctrina fascista concibe el hecho nacional de forma activista y creativa, enlazando con las corrientes nacionalistas provenientes de la Revolución francesa. La nación era, ante todo, el producto de un proyecto previo de trascender su propia situación actual. No era un ente estático, sino un proceso; no una herencia de valores, sino una creación continua, que tiene derecho a trastocar todo aquello que se opone a su realización. «El fascista dice — señala Gentile— el Partido es la Nación (...) en cuanto es su programa; en cuanto es una idea que tiende a su propia realización» (9).

En ese sentido, los movimientos fascistas tienden, por emplear la expresión de Ernst Jünger, a la «movilización total» (10) de las masas y a la búsqueda de la creación de un nuevo tipo de hombre y de sociedad. Era una ideología construida para garantizar el consenso de amplias capas de la población. El mito de la superioridad racial, dominante en el caso alemán, o el nacionalismo expansivo, en el italiano, tenían, en el fondo, la función psicológica de asegurar el sentimiento de participación de las masas en la vida pública; mientras que la insistencia en soluciones tales como las que se encontraban implícitas en lemas como los de la «comunidad popular» la «nobleza del trabajo» venían a cubrir una serie de carencias y ansiedades muy extendidas en la población, provocadas por la crisis de las viejas estructuras sociales, políticas y simbólicas de las sociedades europeas posteriores a la Gran Guerra.

Junto al nacionalismo populista, otra de las piezas esenciales de la ideología fascista era la concepción totalitaria del Estado. La crítica que el fascismo dirige al liberalismo se centra en el individualismo y en el abstencionismo del Estado. En su articulación concreta el fascismo italiano intentó organizarse según el principio enunciado por Mussolini: «Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado» (11). Siguiendo este planteamiento, el Estado trata de hacer suyas, parte de sí mismo, las organizaciones sociales, es decir, pretende superar el corte que le separa de la sociedad civil, con la consiguiente hegemonización de las formas autónomas de ésta. De esta forma, el fascismo italiano se identifica con la versión hegeliana del Estado «ético», como la forma más elevada de la comunidad humana, que puede asegurar la educación completa del hombre (12).

El instrumento esencial para el logro de este objetivo es el partido único. El fascismo es, ante todo, un movimiento de masas que se encuadra en una organización política. El partido era concebido, a la vez, como *instrumentum regni*, campo de reclutamiento de la clase política y elemento indispensable para la educación de las masas (13). A la cabeza del partido, la figura del líder carismático, que en el fascismo servía de elemento motor de unificación, movilización y legitimación. Las figuras de Hitler y Mussolini sabían dar a sus respectivos regímenes el polo decisivo que les faltaba, rebasando las reivindicaciones y los intereses particulares gracias al ideal primordial de unidad nacional y popular que representaban (14).

Como necesario complemento de todo ello, el fascismo recurría para legitimarse al principio de democracia directa o plebiscitaria. Para Carl Schmitt, el gran jurista del III Reich, la aclamación plebiscitaria era el mecanismo idóneo de expresión de la voluntad popular. El sufragio universal y secreto no constituía un mecanismo adecuado de manifestación de la voluntad popular; no era un mecanismo democrático, sino liberal. Mediante el voto individual y secreto quien decide no es el miembro del pueblo, sino el individuo privado, es decir, el burgués. El paso de lo privado a lo público, la transformación del burgués en ciudadano solo

podía tener lugar cuando el individuo manifestase su opinión formando parte de la multitud reunida en la plaza pública (15).

Esta transformación institucional, ideológica y política se veía acompañada de una transformación de las relaciones entre economía y política, detrás de la cual se encontraba la exigencia real de intervención del Estado y una nueva relación entre sociedad política y sociedad civil, nacida de la crisis del capitalismo liberal. El sistema fascista fue en el terreno económico una tentativa capitalista de superar la crisis social y económica de postguerra y de reorganizar la producción sobre nuevas bases centralizadas: «El Estado es quien puede resolver —señalaba Mussolini— las contradicciones dramáticas del capitalismo. Lo que se llama la crisis no puede ser resuelta más que por el Estado» (16).

Dicho todo esto, resulta claro que el término «fascista» —libre en este caso de toda interpretación peyorativa— se circunscribe, de manera estricta, a los movimientos políticos que, a partir de sus respectivas experiencias nacionales, apelaron a un modelo sociopolítico análogo al del fascismo italiano o bien al del nacional-socialismo alemán. Modelo y proyecto político que en modo alguno puede confundirse con la búsqueda más o menos consciente de nuevos métodos políticos con el objetivo de salvaguardar las instituciones o el modelo de sociedad tradicionales, práctica que, por el contrario, fue característica, en este período, de la llamada derecha radical. Este tipo de intentos, que es preciso no confundir con las variantes nacionales del fenómeno fascista, carecieron, por definición, de la base de masas, de la capacidad de movilización y del potencial revolucionario de los movimientos específicamente fascistas, con quienes entraron frecuentemente en abierto conflicto.

España no fue, en ese sentido, una excepción. La obra y la acción política de Ramiro Ledesma Ramos tiene, a ese respecto, la enorme virtualidad histórica de resumir, en términos ideológicos, la problemática del fascismo en España, su proyecto político, sus elementos de debilidad, sus contradicciones; y es, además, la expresión cristalina de las motivaciones y los condicionamientos de una de las variantes del nacionalismo español a lo largo de este siglo.

## I. CIRCUNSTANCIA Y VOCACIÓN: EL HOMBRE Y SU FORMACIÓN IDEOLÓGICA

a) *Mocedades*. Ramiro Ledesma Ramos nació el 23 de mayo de 1905 en el pueblo zamorano de Alfaraz, en el seno de una familia de clase media baja. Su padre, un maestro de escuela rural, no pudo proporcionarle en su infancia una educación esmerada; y en cuanto le llegó la edad reglamentaria, los 16 años, hubo de viajar a Madrid para hacer las oposiciones al cuerpo de Correos, lo que, una vez superadas, le permitió, en principio, sobrevivir económicamente (17).

Sin embargo, la pobreza de la familia y el tener que emplearse en un trabajo humilde y escasamente remunerado no le impidieron el acceso a la Universidad. En un primer momento, el deseo de Ledesma fue convertirse en un intelectual. No se resignó a abandonar los estudios y, gracias a un gran esfuerzo de voluntad, pudo costearse los estudios de Filosofía y Letras y Ciencias Físico-Matemáticas: «(...) yo necesitaba —dirá, en un párrafo autobiográfico de su primera obra— una carrera, un medio para luchar con las flechas del mundo y doblegar sus impulsiones erizadas (...) yo entonces no tenía otra ilusión que una vastísima cultura, un almacén de ideas múltiples y de pensamientos grandes» (18).

De esas adversas circunstancias sociales debieron surgir en él los primeros sentimientos de rebeldía. Ledesma encontró en el fascismo la solución a sus esperanzas de éxito social: el deseo de crear un nuevo orden y la rebelión contra una sociedad que le rehúsa su posición, al igual que la repulsión de la revolución socialista en la que percibía una amenaza a los valores en que se hallaba inserto y en los cuales creía:

«El fascismo nace y se desarrolla —señalaría, en ese mismo sentido— en capas sociales desasistidas y en peligro. Su representación más típica la constituyen las clases medias, que después de experimentar la inanidad de la democracia liberal no se entregan sin embargo, a la posición clasista de los proletarios (...). Son gentes descontentas de la poquedad de su patria, de la indefensión de sus pequeños patrimonios o negocios, de la rapacidad e ineptitud de los partidos, de la impotencia del Estado demoburgués en

presencia de los conflictos sociales y de la crisis, de la monotonía y el vacío de la vida nacional escarnecida y, en fin, de sentirse preteridos o subestimados con la injusticia por los poderes dominantes» (19).

Ledesma Ramos fue un escritor precoz; y sus primeros escritos reflejan atentas lecturas de Nietzsche, Unamuno, Ortega y otros escritores noventayochistas. Nietzsche fue esencial en su anterior trayectoria intelectual y política. La lectura de su obra dio a Ledesma un lenguaje antiburgués, un pathos de lucha heroica en contra de los convencionalismos y, sobre todo, impregnó toda su producción ideológica de un profundo y acusado voluntarismo. Las categorías nietzscheanas de amor al peligro, autodisciplina y voluntad de poder sobre la base de la glorificación de la vida son, en gran medida, las claves de la ideología ledesmista. Todo lo cual comienza a traslucirse en su primera obra publicada, *El sello de la muerte*, novela escrita a los diecinueve años, dedicada a Miguel de Unamuno, y cuyo subtítulo era el reflejo de aquella saturación de planteamientos nietzscheanos: «La voluntad al servicio de las ansias de superación. Poderío y grandeza intelectual». Su trama son las memorias de un personaje, Antonio de Castro, trasunto del propio Ledesma, cuya trayectoria vital es un conjunto de fracasos. Huérfano, se enamora de una tía suya, esposa del hermano de su padre, que le acoge en casa; después viene a Madrid, donde escribe y colabora con el testaferrero de un cacique, don Miguel de Velasco, que acaba decepcionándole por su doblez y servilismo. Una actriz, Lolita Briné, se le entrega, pero la rechaza pronto, porque para ella, en el fondo, el amor es solo un capricho. Al final, la actriz enferma y acaba muriendo en sus brazos; y el protagonista, desesperado, pone fin a las memorias y se suicida.

En *El sello de la muerte* lo de menos es el argumento; lo que interesa, desde el punto de vista histórico, es lo que la obra posee de trasunto de la vida del propio Ledesma y de sus planteamientos juveniles: «El mío era —dice— un temperamento fogoso, poco dado a la ramplonería y muy amigo de la intelectualidad viril del hombre abierto a todos los estoicismos y reacio a las humoradas sensibles, espíritu libre, irreligioso y amante de las pulsiones nobles; aficionado a la claridad de toda ideología darwinista y nietzscheana» (20).

En la novela aparecen igualmente juicios sobre la vida social y política del momento, que delatan la influencia directa de la literatura regeneracionista, como lo demuestra la denuncia de una sociedad con «agudas demostraciones de atraso, incultura, de carencias de todo»; la descripción de la figura del «Conde» —Romanones, sin duda— como arquetipo de político corrupto, con sus «amaños ruines para alcanzar las riendas del poder»; o la de «Larruse» —obviamente, Alejandro Lerroux—, a quien el protagonista de la novela «guardaba una gran consideración, que nacía de su fama de rebelde y exaltador de multitudes», pero en quien no era posible distinguir «esas dotes de apto gobernante, que es lo que debe exteriorizarse en hombres que aspiran a una revolución de idearios políticos» (21).

En otra de sus obras juveniles, *El Quijote y nuestro tiempo*, escrita en 1924, aunque no publicada hasta 1971, Ledesma acentúa su visión trágica de la existencia, reflexionando sobre las causas de la decadencia de la cultura occidental, que sólo podía ser superada mediante un cambio cualitativo en la visión del mundo de las nuevas generaciones, cuya misión histórica era la construcción de una nueva sociedad. Ledesma veía en El Quijote el tónico de voluntad de las juventudes. El personaje cervantino venía a ser un trasunto del superhombre de Nietzsche, que posee «la moral de la amoralidad». Los pseudovalores a batir son el racionalismo y el catolicismo, en defensa de los valores propiamente vitales, los de la vitalidad elemental, del entusiasmo viril y dionisiaco sobre el racionalismo positivista y el catolicismo negador de cualquier voluntarismo (22).

b) *Encuentro con Ortega*. En la Universidad de Madrid, Ledesma toma contacto con el filósofo Ortega y Gasset, quien le acogió cordialmente instándole a colaborar en la *Revista de Occidente*; y por mediación del propio Ortega conoce al escritor vanguardista Ernesto Giménez Caballero, y comienza a colaborar en *La Gaceta Literaria*, de la que éste último era director (23).

Ortega y Gasset fue una auténtica revelación para Ledesma Ramos. El hecho no tenía nada de excepcional. En aquellos momentos, la vida intelectual española estaba marcada por la impronta orteguiana. Su pensamiento era, a la vez, centro de irradiación y de convergencia de los elementos intelectuales y políticos del momento. Ortega lanzó un

ataque contra el racionalismo con el apoyo del historicismo y el vitalismo; y, en consecuencia, su perspectiva filosófica supuso la revalorización del mundo de las pasiones, de las fuerzas vitales que mueven la historia, contra la abstracción cientifista, en pos de una nueva concepción de la razón distante del intelecto formal y abstracto de los positivistas. Políticamente, Ortega fue un liberal-conservador, en cuyos escritos políticos se expresan algunos de los motivos del pensar conservador y elitista: el realismo histórico, el sentimiento del valor de la continuidad, una concepción no pesimista, pero tampoco optimista de la historia; una teoría de la nación como empresa integradora; y, finalmente, un sentimiento fuertemente aristocrático de la sociedad y de la vida en la que los pocos están destinados a dirigir a los muchos, las aristocracias a las masas (24).

Su importancia ideológica en el fascismo español es innegable; y el mismo Ortega se referiría a ella, ya en la postguerra, al hacer mención de la influencia de su *España invertebrada* en «un grupo de la juventud española que ha ejercido una intervención muy enérgica en la existencia española» (25). Su relación con Ledesma debió ser, durante algún tiempo, estrecha. En una carta, Ledesma le llama «querido maestro» y hacía referencia a sus paseos por el Retiro, al tiempo que le interrogaba significativamente sobre la relación entre el pensar filosófico y la problemática nacional, es decir, «si el hecho de nacer yo en área determinada geográfica no impone con todas las características de esencialidad determinada problemática» (26).

Frente a sus críticos, que le negaban el título de filósofo, Ledesma consideraba a Ortega como el más eminente filósofo español (27). Juzgaba, además, que el filósofo madrileño iba camino de conseguir su propósito de «superar el idealismo, descubriendo antes del pensamiento, una realidad vital que le precede» (28). No obstante, estimaba que algunos temas metafísicos no habían sido tratados por el maestro con la debida exhaustividad y que, por lo tanto, todavía no había logrado construir un sistema filosófico expreso. En particular, Ortega no dejaba excesivamente claras las relaciones entre razón pura, el «logos» y la vida (29).

Ortega influyó, junto a Heidegger, decisivamente en los planteamientos filosóficos de Ledesma. El saber filosófico no era, desde esta perspectiva, un saber de preposiciones, sino un saber sin supuestos, si se exceptúa el supuesto de la situación del hombre en el cosmos, que más que un supuesto es su situación vital. Precisamente, el filósofo es el que trata de convertir su identidad vital en un supuesto inteligible y pensable. Ledesma intentaba desarticular, así, cualquier forma de positivismo, ya que lo negado por éste era el objeto de la filosofía, es decir, «inquietarse por», crear un sistema; y en ese sentido, la gran labor de Ortega y de Heidegger había sido la de restaurar «el sano sentido totalista e integral de la filosofía» (30).

Así, Ledesma distinguía la misión y los métodos que competen a la ciencia y a la filosofía, viendo en ésta última la función de desvelar la presencia del «ser» ante la vida humana, con todo el dramatismo que la radicalidad de la cuestión exige (31). Ello no significaba un rechazo de la esencial relación entre ciencia y filosofía. La filosofía es, desde luego, una interpretación panorámica de cuanto ha descubierto la investigación científica y siempre abierta a posibles actualizaciones. Su fin consistía en dar una visión global y sistemática de todos los saberes concretos. De ahí el interés de la relatividad, cuyas consecuencias de carácter filosófico tuvo ocasión de exponer en la prensa (32).

De igual forma, Ortega influyó en Ledesma con su teoría de las generaciones, sobre todo en sus análisis de la actitud de las «juventudes» ante las nuevas circunstancias sociales, políticas y culturales (33).

No todo era, sin embargo, acuerdo entre el maestro y su discípulo, en particular el tema político. Ortega nunca renunció a su liberalismo, que, desde su perspectiva, no podía considerarse una ideología entre otras ideologías, sino el último punto del pensamiento moderno y, por lo tanto, no podía morir y estaba destinado a vivir hasta cuando parecía más conculcado, a renacer cuando parecía más malentendido y olvidado. De ahí que para Ortega, fascismo y bolchevismo fuesen movimientos inactuales, propios de hombres-masa (34).

Ledesma nunca transigió con el liberalismo orteguiano, llegando a acusar a su maestro de ser portavoz de una concepción anacrónica de la vida política, cuya base era la artificial distinción entre nación, pueblo y Estado (35). En ese sentido, Ortega no pasaba de ser un burgués, un «intelectual extrafino», cuya perspectiva conservadora le incapacitaba «para reconocer la fuerza de los hechos políticos nuevos que aún no tengan marchamo ideológico alguno» (36).

Por otra parte, el populismo de Ledesma no podría admitir el elitismo orteguiano. Ledesma entendía que el concepto político-social de las masas no tenía por qué vincularse forzosamente a la presencia de las multitudes y que debía desglosarse del concepto de mayoría, propio de la época liberal. Las mayorías podían ser conceptualizadas como masas en tanto en cuanto revistiesen caracteres de cierta homogeneidad. El concepto de masa se movía al margen de la mentalidad liberal, que entendía lo político a través de valoraciones de orden numérico (37).

Junto a Ortega, el intelectual español más admirado por Ledesma fue Miguel de Unamuno. Era obvio que, a diferencia de Ortega, el rector salmantino no podía ser considerado un filósofo *sensu stricto*. Unamuno era de la estirpe de Nietzsche; pertenecía a la categoría de los «desarmadores de la filosofía»; era el «místico perfecto», un «gran poeta» e incluso un «teólogo imperial» (38). Lo que atraía a Ledesma de la perspectiva unamuniana era, ante todo, su voluntarismo irracionalista, su «espíritu ascético, hispano, de eficacia luchadora y activa» (39).

c) *Otros magisterios*. Entre sus lecturas juveniles se encontraba igualmente Charles Maurras, a quien se referiría, en una ocasión, como «el sacerdote del Orden y la Inteligencia». Cuando se produjo su condena por parte del Vaticano, lo consideró un error desde el punto de vista intelectual, aunque no desde el político (40). Sin embargo, consideraba que sus planteamientos políticos, a la altura de los años treinta, eran ya de «dudosa eficacia»: «Esperemos la superación del viejo nacionalismo maurrasiano, algún día tan magnífico, pero hoy totalmente hueco de futuro» (41). No obstante, Maurras ejercería cierta influencia sobre Ledesma en tanto teórico del nacionalismo.

A su lado, y sin merma de coherencia, Marx. Por todos los escritos de Ledesma late un profundo influjo del marxismo, sobre todo en su crítica al liberalismo: «Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo tiene razón». El marxismo podía considerarse como «el movimiento político-social más fértil desde hace un siglo y medio, desde la Revolución francesa, y uno entre los cinco o seis más importantes de todo el último milenio»; y Marx «un filósofo magnífico» (42). No obstante, el marxismo perdía todos sus derechos «cuando despoja al hombre de valores eminentes» (43); y, además, pecaba de miope exclusividad clasista y, por si fuera poco, declaraba fuera de toda emoción revolucionaria los valores nacionales (44).

En ese sentido, no dejan de ser significativos sus elogios a la revolución rusa, cuyo desarrollo y significación estimaba, lúcidamente, contradictorios en relación a la perspectiva marxista. La revolución bolchevique significaba, muy al contrario, una auténtica revolución de signo nacionalista; era el triunfo de la voluntad de poder sobre la supuesta necesidad económica y, sobre todo, la victoria de las tradiciones rusas sobre los occidentalistas liberales y marxistas (45).

El marxismo de que fue tributario Ledesma tenía una indudable impronta soreliana. Como los fascistas italianos, Ledesma encontró en Sorel una munición aprovechable: la burla de la democracia liberal, la apelación a la voluntad, el llamamiento al activismo, al conflicto en cuanto tal. La idea soreliana más presente en Ledesma es, sin embargo, la de «mito» director e inspirador de las energías y de la acción política: «La energía efectiva de los mitos no se detiene ante una explicación racional de ellos. Defiéndose o no la divinidad de Jesucristo, es innegable la fecundidad de su doctrina» (46).

Visto todo lo anterior, no es extraño que en la producción de Ledesma destaque una actitud fuertemente crítica en relación al catolicismo. Ya en *El sello de la muerte* describe la enseñanza jesuítica como algo insufrible, que convertía las mentes juveniles en «repiqueteador órgano de artificio»; y al párroco del pueblo como un ser «barnizado de negrura y misterio», cuya característica más notable era «su pobreza de espíritu» (47).

Ledesma no dudaba en atribuir la «anormalidad» de la vida cultural española a la influencia del clero (48). Filosofía y catolicismo eran, en aquellos momentos, términos antitéticos. Si lo esencial del pensar filosófico era la autonomía frente a cualquier a priori o dogma, el concepto de filosofía católica era una contradicción en los términos, dado que la escolástica consideraba a la filosofía como una mera ancilla de la teología (49). Esta valoración negativa se extendía al grueso de la apologética católica española de la época. Obras como *Filosofía de la Eucaristía* de Vázquez de Mella eran «pura literatura» (50). Por supuesto, existían individualidades más creativas como Ángel Amor Ruibal, pero, pese a sus intentos innovadores, se hallaban lastradas por su inserción en la escolástica, cuyo horizonte especulativo entraba ya «en el reino de las curiosidades» (51).

Sus simpatías intelectuales iban, por el contrario, hacia los sectores de la Institución Libre de Enseñanza. Ledesma estimaba a Sanz del Río como «el primer auténtico filósofo que ha tenido España»; y consideraba que su preferencia por Krause fue debida a su interés por conectar con «el espíritu de nuestro pueblo, que se inclina y prefiere en filosofía las márgenes eticistas, de práctica aplicación a los problemas vitales inmediatos». Sin embargo, el racionalismo armónico carecía ya de virtualidades intelectuales; era «algo horrible y monstruoso» (52).

En sus opiniones relacionadas con la historia puede apreciarse esa misma perspectiva secular y fáustica. Como Nietzsche, admiraba la época griega, que consideraba la primera gran época histórica, que abrió el camino al «fundamento intuitivo del conocimiento» (53). La Edad Media, en cambio, era «una época triste y oscura», «el gran pecado del hombre» (54). Lógicamente, el Renacimiento era «la época de las épocas», la «plenitud del mundo» (55). Todo lo cual desembocaba en la exaltación del mundo moderno, de la tecnología, la industria, el movimiento, la velocidad. Al modo de los futuristas italianos, Ledesma ensalzaba el vanguardismo en el arte, los automóviles, el cine, etc.: «Los motores, hoy, desplazan a los dioses y cantan su victoria (...) Cinema es religión de motores, audacias aviatoriales y de ingenuidades en vilo» (56).

Ledesma no expresó en ningún momento simpatía por Miguel Primo de Rivera y su régimen; es más: criticó su apoyo a las asociaciones católicas de estudiantes, que juzgaba algo «carente totalmente de sentido» en una nación confesionalmente católica como España. Muy al contrario, sus preferencias iban hacia la F.U.E., que encarnaba, a su juicio, «la promesa española» (57).

d) *Una idea de lo nacional*. Entre los reproches a Primo de Rivera se encontraba también su política centralista con respecto a Cataluña. Invitado por su amigo Juan Estelrich, Ledesma fue uno de los intelectuales que, como Giménez Caballero, Sainz Rodríguez, Marañón, Menéndez Pidal, Montes, Ortega y Gasset, viajó a Barcelona para tributar homenaje a la cultura catalana discriminada por la política primorriverista. En su intervención en el acto de desagravio, Ledesma calificó de «acto deplorable contra la gran cultura de Cataluña» la actuación de la Dictadura; y estimó que era necesaria una respuesta a la problemática suscitada por la pluralidad cultural y lingüística dominante en algunas zonas de la nación. A su entender, el llamado problema catalán era un factor más del «fracaso de la estructuración vigente de nuestro Estado»; lo cual exigía abrir paso «al nuevo Estado, cuya finalidad no es tanto la de resolver otros problemas anteriores a él, y a él ajenos, por tanto, como el de hacer imposibles todos los problemas» (58).

Su intervención en Barcelona es una muestra del hilo conductor de sus reflexiones sobre el hecho nacional. En ese aspecto, Ledesma siguió los planteamientos de Ortega y Gasset, Renan, Hegel y Gentile. La nación era para Ledesma una realidad moral: el asidero superior a la efímera vida personal, la inspiración, el móvil para una vida plenamente humana: «El ser español es la primera realidad con que nos encontramos» (59). El individuo solo adquiere plena realidad objetiva como miembro de la comunidad nacional: «(...) el hombre no es sólo un yo individual, una conciencia irreductible, sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos» (60). La nación no es un ente estático, cuya explicación pudiera hacerse con una exclusiva referencia al pasado: «No nos es lícito dirigir la mirada al pasado español con languidez alguna, a descansar en él y admirar en él la grandeza que en él haya y de que nosotros carecemos» (61). Objeto

preferido de sus ataques fue, en ese sentido, uno de los postulados esenciales del tradicionalismo español: la identificación de la nación con los valores propios del catolicismo. Esta crítica era axial, de principio; y ello era así porque existía, a su juicio, una contradicción esencial entre el catolicismo y la idea moderna de nación. Legitimarse mediante la nación y no mediante Dios es una forma de preferir a la propia nación en detrimento de los principios universales. A causa de su universalismo, el catolicismo era incompatible con el nacionalismo: «¿La moral católica? No se trata de eso, pues nos estamos refiriendo a una moral de conservación y engrandecimiento de "lo español" y no simplemente de "lo humano". Nos importa más salvar a España que salvar al mundo. Nos importan más los españoles que los hombres» (62).

Desde tal punto de vista, era obvio que la influencia de la tradición católica en el conjunto de la sociedad española había constituido un serio obstáculo para la cristalización de la sólida y auténtica ideología nacionalista, profana e independiente de la Iglesia y de la Monarquía, y que, en consecuencia, fuese capaz de abarcar bajo su égida al conjunto de la población: «Ha habido en España un patriotismo religioso y un patriotismo monárquico, pero no un patriotismo directo, no un patriotismo popular, surgido de las masas y orientado hacia ellas (...). La moral nacional, la idea nacional, ni equivalente a moral religiosa ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el solo hecho de serlo, no por otra cosa que además sean» (63).

El nacionalismo no podía considerarse una doctrina de carácter conservador; era «una idea revolucionaria, rumbo adelante, y su primera vinculación en la historia universal aparece con los jacobinos franceses de la Gran Revolución» (64). Y, en ese sentido, Ledesma hubo de enfrentarse con la problemática de la fórmula nacionalista moderna representada por Renan. Ledesma intuye el elemento voluntarista inseparable de la modernidad. La nación pasaba a ser una cuestión de voluntad, de la voluntad de sus miembros para permanecer unidos: «La lucha actual por la unidad no se libra entre dos grupos de historiadores ni de juristas (...) el problema está íntegro en manos de esa palanca voluntariosamente decisiva a que, en último extremo, apelan los pueblos para justificar su existencia histórica (...) requiere una solución voluntariosa, es decir, de imposición de una voluntad firme, expresada y cumplida por quienes conquisten el derecho a conseguir la permanencia histórica de España (...). No creemos, naturalmente, como Renan, que las naciones sean un continuo y permanente plebiscito, sino, al contrario, que tienen sus raíces más allá y más acá de los seres de cada día. Pero en España, por causas ajenas a nosotros, queremos decir a las generaciones recién llegadas, tiene realmente en cuestión su unidad, su propia existencia para nosotros» (65).

Históricamente, la unidad nacional no podía ser considerada en sí misma una aspiración; era una realidad factual desde los Reyes Católicos, pero se trataba de una unidad «en peligro, deficiente y a medias» (66). Y esa problemática no podía ser simplemente conllevada, como pretendía Ortega, sino superada, mediante un radical esfuerzo de voluntad que convirtiera a la nación en «una fuerza moral profunda» (67).

Esta tarea recaía en una nueva élite dirigente y en la construcción de un nuevo Estado. El problema de España era, ante todo y sobre todo, un problema de Estado. El Estado liberal no sólo había sido un gestor y un administrador «ineficaz y absurdo», sino que, además, se había mostrado incapaz de consolidar su proyecto de unidad nacional. De ahí que el problema no podía ser solucionado sino mediante la elevación del Estado-nación a la categoría de absoluto. Lo verdaderamente esencial es que el pueblo y la nación pudieran dotarse de una organización política, de unas estructuras de poder propias y eficaces, es decir, que se convirtiera en Estado realmente nacional, porque los pueblos y las naciones no son sujetos de la historia hasta que no se constituyesen realmente en Estado: «El Estado es ya para nosotros la suprema categoría. Porque o es la misma esencia de la Patria, el granito mismo de las supremas coincidencias que garanticen el rodar nacional en la historia, o es la pura nada» (68).

En esta perspectiva, el Estado totalitario no es sino un poder fuerte, capaz de llevar a cabo el desarrollo nacional, social y económico tardío de una sociedad dejada en el desamparo por la inestabilidad gubernamental y la corrupción del pseudo Estado

parlamentario oligárquico. Su objetivo es edificar un Estado moderno, cuyo designio esencial es reformar y modernizar la sociedad a escala nacional, mediante el dirigismo económico, el corporativismo y el partido único integrador de las masas en el aparato estatal (69).

La vigorización de la unidad nacional planteaba, una vez solucionado el problema institucional, una nueva estructuración del territorio. La unidad nacional no era sinónimo de centralismo. Por ello, Ledesma se hizo eco de las reflexiones de Ortega sobre la unidad política local que pudiese servir de alternativa válida a la situación del momento, basada en la institución provincial. Ledesma veía la comarca como el ente de mayor realidad en la vida pública local. La ventaja de semejante opción era doble; por un lado servía para superar la división de España en provincias, que había realizado el liberalismo un siglo atrás; por otro, representaba una manera diferente de abordar el problema nacionalista a como lo enfocaban los nacionalismos periféricos, atentos, más al específico «hecho diferencial» que a la unidad y fines de la nación española en su conjunto (70).

e) *El gesto*. A la altura de 1930, la ideología política de Ledesma había cristalizado definitivamente. Faltaba el «gesto», pero éste no tardaría en llegar. Giménez Caballero fue objeto, a comienzos de aquel año, de un homenaje con ocasión de su vuelta a España tras un viaje a la Italia fascista; y en él estuvo presente el dramaturgo italiano Bragaglia, lo que lamentó el joven vanguardista Antonio Espina, haciendo una serie de disquisiciones sobre Larra y su suicidio, sirviéndose de una pistola de madera. Frente a él, Ledesma, presente también en el acto, con una pistola auténtica, se levantó dando vivas a los valores hispánicos y a la Italia fascista. Su «gesto» provocó un gran revuelo, pero consiguió cierta notoriedad ante la opinión pública (71). Y poco después no dudaba en declararse, contra Fernando de los Ríos, enemigo radical del socialismo liberal, al que se proponía combatir «de modo inapelable y agresivo» (72).

En el fondo, Ledesma hubo de adherirse al fascismo por coherencia con su propio pensamiento; y, por esa misma coherencia, hubo de mantener hasta el final esa adhesión. Su fascismo sacó la fuerza de ese sentimiento de desesperación y del deseo de un cambio absoluto, la desilusión por los frutos del sistema liberal, la falta de fe en la posibilidad de una reforma y la oscura necesidad, sentida en realidad por buen número de españoles y europeos, cualquiera que fuese su ideario político, de una ruptura radical con el esquema de cosas existente.

## II. DE «LA CONQUISTA DEL ESTADO» A LAS JONS

a) Nace la revista. Poco antes del advenimiento de la II República, Ledesma intenta alumbrar su alternativa política. Y para ello acudió a sus amigos contertulios de café, a sus compañeros de las facultades de Ciencias y Filosofía, paisanos de Zamora, ateneístas y antiguos colaboradores de «La Gaceta Literaria». En febrero de 1931 aparece el llamado manifiesto de «La Conquista del Estado», semanario de resonancias malapartianas que saldría a la luz en marzo, redactado por Ledesma y firmado, entre otros, por una serie de estudiantes y jóvenes escritores, como Giménez Caballero, Antonio Bermúdez Cañete, Juan Aparicio, Iglesias Parga, etc. El manifiesto incidía en la crisis del Estado liberal de Derecho y su concepción de la sociedad, inadecuada ante las nuevas realidades sociales, planteando como alternativa la aplicación de los esquemas ideológicos e institucionales del totalitarismo fascista, es decir, la reorganización de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, concediendo a éste último el papel dirigente, modificación que afectaría al ámbito cultural, político, social y económico (73).

Al mismo tiempo, Ledesma se esforzó en encontrar apoyo entre las élites políticas y económicas, insistiendo en el carácter antimarxista de su alternativa política. A estos efectos, se entrevistó con el líder catalanista Cambó, a quien conocía de antes y que había mostrado su interés por el fascismo italiano (74), pero que rechazó sus proposiciones (75). En otros sectores, su mensaje tuvo mayor éxito, aunque sus frutos fueron, de hecho, muy limitados. «La Conquista del Estado» recibió ayuda de José Félix de Lequerica —admirador de Sorel y Maurras—, de José Antonio de Sangroniz —amigo de Giménez Caballero—, Pedro de Eguillor y otros miembros de la alta burguesía vascongada (76).

Igualmente, Ledesma se preocupó de que su alternativa política fuese conocida por el grueso de la élite intelectual. Ledesma no creía en el papel dirigente de los intelectuales, pero los consideraba como el elemento legitimador por excelencia (77). Y envió a Unamuno el manifiesto de «La Conquista del Estado», instándole, además, a que colaborase en el semanario y que viera con «cálida simpatía» su empresa (78). En una extensa carta, el escritor vasco desdeñó el contenido del manifiesto, afirmando su confianza en el liberalismo (79). No obstante, concedió una entrevista a Ledesma, en la que se reafirmó en sus posiciones (80).

Eugenio D'Ors, por su parte, se negó a colaborar en el semanario (81); pero más por motivos de carácter personal que ideológicos, ya que Ledesma había polemizado en más de una ocasión con él, acusándole, entre otras cosas, de «deshonestidad intelectual» (82).

Más doloroso debió ser para Ledesma el caso de Ortega y Gasset. La creación de la Agrupación al Servicio de la República demostraba, a su juicio, que el maestro seguía moviéndose en «el orbe de la vieja política» (83). No obstante, el ulterior descontento de Ortega en relación a la República y su toma de posición en contra del sistema de partidos, al igual que sus vagas llamadas plebiscitarias a la juventud y a las masas, no dejaron de agradarle (84).

Sin embargo, la política terminó por separarles definitivamente. Cuando Ortega solicitó la creación de un gran partido nacional que reagrupase a las fuerzas políticas en un intento superador de los partidos, Ledesma no dudó en enviarle una carta desafiante: «Ha resucitado usted eso del partido nacional a base de esgrimir como bandera los ideales nacionales. ¿Pero no ocurre que usted llama a filas a gentes y grupos por esencia y definición antinacionales? ¿Es posible lo nacional sin un compromiso de guerra a muerte con lo masónico y lo marxista?» (85).

Reticente se mostró igualmente Ramiro de Maeztu. Ledesma consideraba al vasco «un intelectual y un político de hondas sinceridades» (86). Sin embargo, y aunque colaboró con un artículo en «Acción Española», terminó por defraudarle. Pese a su admiración por Mussolini e incluso por Hitler, Maeztu en modo alguno era un fascista; adverso al totalitarismo, no dudó en criticar *Genio de España* de Giménez Caballero por su contenido imperialista (87). Ello se hizo igualmente patente en un comentario incidental al manifiesto de «la Conquista del Estado», al que comparó con otro manifiesto de las Juventudes Integralistas portuguesas, en detrimento del primero (88). De ahí que llegado el tiempo Ledesma no dudara en establecer distancias con el profeta de la Hispanidad: «Tenga por seguro que la política de las JONS no es su política, ni le seguiremos en lo que sobre este campo realice de modo concreto» (89).

De igual forma, se intentó atraer a Pío Baroja, quien concedió una entrevista al semanario ledesquista, en la que abominaba del parlamentarismo (90). También consiguió que Unamuno, Baroja, Menéndez Pidal, Salaverría y Maeztu disertaran en «La Conquista del Estado» sobre el estatuto de autonomía para Cataluña (91). De todos ellos, el más identificado con los postulados del semanario fue Salaverría —admirador de Nietzsche y Maurras—, quien instaba a los republicanos a «convertirse a la religión del patriotismo» (92).

*b) Frente a la República.* De hecho, Ledesma recibió positivamente el cambio de régimen político, calificándolo de «subversión feliz» (93). Sin embargo, la II República, tal y como se realizó el 14 de abril, dado su contenido demoliberal y parlamentario, no fue, a su juicio, más que una continuación de las políticas seguidas hasta entonces por los políticos de la Restauración (94).

El advenimiento de la República provocó la dispersión de «La Conquista del Estado», la mayoría de cuyos componentes, como Giménez Caballero, Bermúdez Cañete, Aguado y otros, abandonaron la organización, en beneficio de las más variadas militancias políticas. Sin embargo, el 10 de octubre el semanario anunciaba la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.).

Al mismo tiempo, Ledesma había intentado captar a elementos militares, como Ramón Franco, e izquierdistas como Bullejos, Maurín y Nin; pero fracasó (95). Consiguió, sin embargo, la adhesión de algunos cenetistas —Álvarez de Sotomayor, Olalla, Salaya—, así como la del comunista Santiago Montero Díaz (96). Poco después se incorporaron a las

JONS, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, fundadas en Valladolid por el joven abogado católico Onésimo Redondo, y en la que militaban también los hermanos Bedoya, José Antonio Girón y otros (97).

A lo largo de 1932, la actividad de la nueva organización política fue prácticamente nula. Ledesma intentó dar una conferencia en el Ateneo sobre el tema «Fascismo frente a marxismo», que fue reventada por sus adversarios (98). Y, con motivo del 10 de agosto, es detenido unas semanas en Madrid, aunque no participara para nada en el intento de golpe. Luego viaja a Bilbao, donde recibe diez mil pesetas de la banca bilbaína, gracias a las cuales saca a la luz la revista «JONS», órgano teórico del partido, en el que colaboran su amigo José María de Areilza, Bedoya, Redondo; y se insertan artículos de Hugo Spirito, Marinetti o Volpe, representantes del fascismo italiano de izquierda.

Se organizan los primeros grupos de choque jonsistas, que asaltan las oficinas madrileñas de los Amigos de la Unión Soviética (99). Y logran dar un único mitin en la ciudad extremeña de Cáceres (100).

Ledesma irá creando, mientras tanto, los símbolos del fascismo español: la bandera roja y negra, el yugo y las flechas, el grito de «Arriba»; los lemas de «Una, Grande y Libre», «Patria, Pan y Justicia»; «Revolución nacional», etc.

El zamorano tenía una idea leninista del partido. La subversión contra la República había de actuar bajo el liderazgo del partido, como auténtico guardián de la conciencia nacional, que, aunque buscarse el apoyo del Ejército o de los sectores conservadores, se consideraba por encima de aquellos sectores.

Había de ser un partido centralizado y jerarquizado en torno a una élite. Su tarea era la de explotar todos los elementos y formas de oposición y canalizar todas las energías —ya fueran políticas, sociales o religiosas— dirigidas contra el régimen demoliberal, pero utilizándolas para sus propios fines y no identificándose con ellos (101).

La llegada de Hitler al poder a finales de enero de 1933 conmovió a la opinión pública española. Aunque no compartía su perspectiva racista, Ledesma admiraba a Hitler, a quien consideraba «un magnífico y genial orador», cuyo programa político era «una mezcla de influencias marxistas y de oportunismo sentimental» (102). Ledesma caracterizó la ideología nacionalsocialista como «racismo socialista». Su relativismo nacionalista le hacía renunciar a un juicio moral sobre su antisemitismo y biologicismo. Ambos elementos eran privativos de la cultura política y de las tradiciones alemanas; y eran, sobre todo, mitos movilizados para el pueblo alemán (103).

A diferencia de otros analistas políticos del momento, Ledesma interpretó la llegada de Hitler al poder como un hecho revolucionario. Aunque el líder nazi hubiese concertado una alianza con los sectores políticos y económicos conservadores, el partido de Hitler era dentro de aquella coalición el único dotado de «realidad nacional»; y, por ello, el destino de los conservadores no era otro que el de ser «inmediatamente controlados y eliminados» (104). Tal diagnóstico tendría poco después su corroboración en la famosa noche de los cuchillos largos (105).

Para entonces, sin embargo, los jonsistas iban a tropezar con un serio competidor: José Antonio Primo de Rivera.

### III. INTERLUDIO FALANGISTA

José Antonio Primo de Rivera había entrado en política por el afán reivindicativo de la obra del régimen político que presidió su padre. Con tal afán vindicativo había militado en la Unión Monárquica Nacional; y se presentó a diputado por Madrid en 1931, hecho que fue resaltado positivamente por «La Conquista del Estado» (106). Y pronto aparece como candidato a la jefatura del fascismo español, para lo cual contó, en un primer momento, con importantes ayudas de carácter social y económico.

Con el objetivo de crear las condiciones de su aparición en la escena política, el director del diario primorriverista «La Nación», Manuel Delgado Barreto, lanzó a la arena pública un semanario con el provocativo título de «El Fascio», cuya aparición fue cercenada de inmediato por el gobierno republicano. La intención de «El Fascio» era igualmente reunir a

los primorriveristas con los jonsistas; y contaba para ello con las firmas de Ledesma, Primo de Rivera, Redondo, Sánchez Mazas, Aparicio y otros. La opinión del líder jonsista fue negativa, ya que, a su juicio, bajo aquel proyecto no se fraguaba otra cosa que la resurrección del viejo upetismo primorriverista y no la concreción de una auténtica alternativa política de carácter fascista (107).

Para entonces, Primo de Rivera había formado un grupo denominado «Movimiento Español Sindicalista» (M.E.S.), en el que concurrieron Sánchez Mazas y Ruiz de Alda; y que también recibió el apoyo del catedrático orteguiano Alfonso García Valdecasas, quien el año anterior había participado, junto a otros discípulos de Ortega, en la gestación del «Frente Español» (108).

Primo de Rivera consiguió igualmente, mediante un pacto con Pedro Sáinz Rodríguez, apoyo económico de los sectores monárquicos, que también habían apoyado a Ledesma (109).

Y poco después nacía Falange Española, en un acto celebrado el 29 de octubre en el madrileño teatro de la Comedia, al que asistió una nutrida representación jonsista, en primer lugar el propio Ledesma.

La aparición de Falange Española no hizo sino debilitar aún más a las JONS. Ledesma se esforzó en reiterar una y otra vez la prioridad política e ideológica de su movimiento frente a Falange; y, sobre todo, su carácter más radical y revolucionario: «Vamos mucho más allá y en direcciones que quizá a él y a sus amigos estén vedadas» (110).

Sin embargo, durante algún tiempo, los sectores monárquicos y financieros siguieron la estrategia de sembrar la rivalidad entre ambos grupos, mediante la gradación de las ayudas económicas (111). FE y JONS acabaron fusionándose en febrero de 1934 (112). Lo cual provocó en el seno jonsista importantes disidencias, como la de Montero Díaz. El 13 de febrero se firmó el documento de unificación. Falange asumió la simbología y el programa de las JONS; mientras que el grupo de Ledesma consiguió una mayor proyección pública. Sin embargo, el recelo de Ledesma en relación a Primo de Rivera nunca llegó a desaparecer. Desde el primer momento, salieron a la luz importantes diferencias, producto de la distinta inserción social y de la diversidad ideológica y de temperamento. Con perspicacia no exenta de crueldad, Ledesma captó, en un análisis muy próximo a la perspectiva marxista, la contradictoria personalidad del hijo del Dictador, cuyo espíritu veía moverse por una serie de tensiones internas que era incapaz de solventar: «Pues ser hijo de un Dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas con suficiente vigor para influir en su propio destino» (113).

Tras la unificación, el nuevo partido se rigió por un triunvirato, formado por Primo de Rivera, Ledesma y Ruiz de Alda. El descontento de Ledesma no tardaría en hacerse patente, en relación a los proyectos de Primo de Rivera. Al contrario que el zamorano, Primo de Rivera concedía prioridad a la España agraria. Los mítines falangistas, a los que Ledesma se negó a asistir, tuvieron lugar en pueblos como Carpio del Tajo, Fuensalida, Callosa de Segura, Burriana. El líder jonsista, por el contrario, con la vista puesta en el ejemplo italiano y alemán, juzgaba necesario dotar al partido de sindicatos que canalizaran la adhesión del proletariado industrial (114).

Sin embargo, el sector jonsista logró crear una Central Obrera Nacional-Sindicalista, que dirigió el antiguo comunista Manuel Mateo con la ayuda del excenetista Álvarez de Sotomayor, que, tras un inicial y efímero éxito, resultó incapaz de penetrar en el mundo obrero (115).

Su descontento se extendía a la actuación parlamentaria de Primo de Rivera, que juzgaba excesivamente temporizadora; al «carácter académico» de las publicaciones del partido; su inacción e incompetencia; todo lo cual llevaba, a su juicio, a convertir a Falange en «una secta minoritaria» (116).

En ese contexto, se celebró el I Consejo Nacional del partido, que supuso el triunfo de Primo de Rivera por su solo voto. Se aprobaron los estatutos; y poco después la nueva Junta Política se dedicó a redactar un programa de 27 puntos, que fue obra conjunta de Ledesma y Primo de Rivera.

Existieron discrepancias entre ambos dirigentes ante la definición del hecho nacional. Mientras Ledesma era partidario de una definición que hiciera referencia a la mancomunidad surgida de la Reconquista, Primo de Rivera acogió la noción, claramente deudora de Ortega, de la «unidad de destino en lo universal». El programa de los 27 puntos daba preponderancia a la España agraria, a la que definía como «vivero permanente» de la nación. Propugnaba la reforma social de la agricultura, con una amenaza de expropiación de las tierras «cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente»; y la nacionalización de la banca, aunque simplemente como tendencia. Uno de los puntos más debatidos fue el de las relaciones Iglesia-Estado. Se llegó a una solución ecléctica, en la que se hablaba de la incorporación del sentido católico a la reconstrucción nacional y, al mismo tiempo, la separación de la Iglesia y el Estado (117).

Este último punto, unido al silencio en relación a las formas de gobierno y la negativa de Primo de Rivera a sumarse al Bloque Nacional de Calvo Sotelo, provocó el abandono de Falange por parte de Francisco Moreno y Herrera —Marqués de la Eliseda— cuyo apoyo económico había sido hasta entonces decisivo para el partido (118).

Sin apoyo económico, apenas sin vínculos e influencia en la sociedad civil, incapaz de sacar partido de la grave situación social y política inaugurada por los sucesos de octubre, Falange marchaba a la deriva en todos los terrenos. En tales circunstancias, se reunió la Junta Política, a finales de año, con asistencia de Primo de Rivera, Ledesma, Redondo y otros. El propio Primo de Rivera reconoció la gravedad de la situación. Ledesma aprovechó aquella circunstancia para alentar la disidencia contra su jefatura. A su juicio, el grueso de la responsabilidad recaía sobre Primo de Rivera por su negativa a integrarse en el Bloque Nacional de Calvo Sotelo (119). Y, secundado por Redondo, Mateo y Álvarez de Sotomayor, intentó desbancar a Primo de Rivera, quien, advertido a tiempo de la conjura, no dudó en expulsar fulminantemente a Ledesma del partido. El 15 de enero apareció en la prensa nacional una nota firmada por Ledesma, Redondo y Sotomayor en la que se justificaba la disidencia y se hablaba de reorganizar las JONS fuera de la órbita falangista (120). Redondo, sin embargo, no tardó en desmarcarse de la operación, reingresando en Falange, ante el escaso eco que su postura había encontrado en Valladolid (121).

El apoyo a Ledesma fue mínimo; tan sólo Bedoya, Álvarez de Sotomayor y algunos más le siguieron en su disidencia. Una vez consumada la escisión, Ledesma viajó a Bilbao para visitar a su amigo José María de Areilza, a quien le habló de publicar una obra en la que quedara expuesta su trayectoria política y sus ideas sobre el fascismo en España (122). Durante algún tiempo, disfrutó de una pequeña ayuda económica proporcionada por Areilza, Sáinz Rodríguez y Goicoechea (123), gracias a la cual pudo sacar a la luz en febrero el semanario «La Patria Libre», de efímera existencia, ya que desaparecería en marzo. Su intento de reorganizar las JONS, primero en Madrid y luego en Barcelona, terminó en el más absoluto de los fracasos.

#### IV. DIAGNÓSTICO DE LA DERROTA

En julio, y bajo el pseudónimo de «Roberto Lanzas», Ledesma publicó sus dos obras cumbres, *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las juventudes de España*. El primero es, ante todo, una historia política del jonsismo desde sus orígenes hasta su disolución a comienzos de 1935. Es una justificación personal; por un lado, el balance de su acción política; por otro, la explicación de su fracaso. Al final, Ledesma reconoce que su escisión apenas debilitó a Falange, pero fue mortal para el jonsismo. El hijo del Dictador le ha arrebatado las banderas, «acentuando su consigna de un sindicalismo nacional» (124). Ante el fracaso «vertical» y «vertiginoso» de la II República, cree que se abre el camino para la «revolución nacional»; pero esta revolución carece todavía de asistencia popular, en parte por la propia carencia de capacidad política de sus dirigentes, y en parte también por las propias características culturales y sociales de la sociedad española. A la altura de 1935, puede decirse que en España no hay fascismo; hay «fascistizados», a saber: el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, la CEDA de Gil Robles, la Falange de Primo de Rivera y un sector del Ejército. Y considera que tales fuerzas, con «una acción militar convergente» tienen

muchas posibilidades de éxito. De esta forma, Ledesma, que tenía grandes dotes de analista político, nos da una imagen bastante aproximada de lo que sería poco después el régimen político acaudillado por el general Franco (125).

*Discurso a las juventudes de España* es, básicamente, un análisis histórico de la trayectoria nacional. En sus páginas, es patente una profunda nostalgia de un desarrollo económico nacional y de los factores históricos limitativos del mismo. La nación española adquiere su apogeo en tiempo de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V. Su ulterior decadencia proviene de su incapacidad para asumir la aparición del capitalismo, el luteranismo y los nuevos plurales intereses surgidos en los albores de la modernidad. La culpa recaía en las formas estatales, en las instituciones, incapaces de renovarse, mantenedoras de viejas estructuras económicas y mentales vinculadas a valores de «índole extramaterial e incluso extrahistórica». En ese sentido, España perdió la posibilidad de haberse convertido en pionera de «la economía comercial, burguesa y capitalista, y ello la desplazó asimismo del predominio, dejándola sin base nutricia, sin futuro». La tragedia del siglo XIX español fue la de un pueblo que ansiaba incorporarse a la modernidad y forjarse para sí mismo un Estado nacional. No por casualidad, las simpatías de Ledesma iban hacia el liberalismo, que, a diferencia de los tradicionalistas, tuvo, al menos, un proyecto de unificación nacional. El liberalismo español, sin embargo, tuvo caracteres distintos al de otros países europeos por el atraso económico y técnico y por la influencia determinante del catolicismo y del tradicionalismo. De ahí la debilidad del nacionalismo español en cuanto ideología y sentimiento que englobase al conjunto de las derechas, no podía sustituir al nacionalismo como medio de cohesión nacional, en parte porque un sector importante de los españoles ya no era católico y en parte también porque, a su juicio, el catolicismo venía a ser «instrumento de debilidad y resquebrajamiento» (126).

No es extraño que el *Discurso* no fuese bien recibido por el conjunto de las derechas. El monárquico Luis de Galinsoga censuró su anticlericalismo y «resabiados tópicos sobre el capitalismo» (127), Mientras que Ramiro de Maeztu criticó su neta disociación entre la identidad nacional y la identidad católica: «el siglo XVIII fue para nosotros un inmenso intento de transformar el patriotismo religioso en monárquico y territorial. El ensayo nos costó la separación de América» (128).

Más importante, a efectos prácticos, fue el ataque que, ya en plena guerra civil, merecieron los planteamientos de Ledesma por boca del cardenal Gomá, quien se escandalizó que obra de tan profundo contenido laico pudiera ser publicada en la España nacional. Para el Primado, el proyecto de Ledesma intentaba «levantar una nueva España poco menos que sobre el materialismo o un racionalismo estúpido...» (129).

Igualmente, Ledesma fue objeto de las críticas del largocaballerista Francisco Carmona Nenclares —antiguo colaborador de *La Gaceta Literaria*—, quien calificó de «irrisorias» sus ideas y planteamientos políticos (130).

Aún tuvo tiempo Ledesma, tras la publicación de sus dos obras, de sacar el primer número del semanario «Nuestra Revolución»; pero, con la victoria del Frente Popular, fue cesado como empleado de Correos. Al producirse el alzamiento, se encontraba en Madrid. Detenido en agosto, fue enviado a la cárcel de Ventas, donde también estaba Ramiro de Maeztu. Y murió asesinado el 29 de octubre, en Aravaca, al parecer el mismo día en que lo fue Maeztu. Tenía treinta y un años.

## V. CONCLUSIÓN

Ramiro Ledesma Ramos es el máximo teorizante del fascismo español. La mayor parte del ideario falangista procede de su obra, en particular su antiliberalismo, populismo, nacionalismo y estatismo. Su obra ofrece un modelo acabado de pensamiento totalitario, sustentado en un nacionalismo dinámico y populista. A su lado, José Antonio Primo de Rivera e incluso Ernesto Giménez Caballero ocupan el lugar de epígonos. El primero careció de la coherencia de Ledesma. Sus vacilaciones al estudiar los problemas sociales y políticos son muestras aisladas, pero significativas de un planteamiento en que domina la inconcreción. En el pensamiento del segundo, se impone, ante todo, la literatura a la

dimensión práctica, la ocurrencia sobre la teoría, la superficialidad sobre la radicalidad y la improvisación sobre el sistematismo.

Sin embargo, en contraste con la calidad de su articulación intelectual, la vida política de Ledesma fue una sucesión de fracasos. Las Juntas constituidas por Ledesma nunca pasaron de ser una fracción extremadamente minoritaria, incluso en los meses de fusión con Falange.

En ello incidieron factores de índole ideológica, social y personal. En el fondo, sus ideas políticas no llegaron a germinar en la opinión pública: para las izquierdas, eran reaccionarias o abstrusas; y para las derechas, eran, en algunos casos, conocidas y en otros muchos extremadamente peligrosas.

Su vida estuvo formalizada acatólicamente y este es uno de los signos que preside también su pensamiento y su alternativa política, despectiva, a veces, hacia la religión. Su heterodoxia fue uno de los hándicaps de su proyecto político. En el mismo momento que desacreditaba los valores tradicionales, criticando no ya el liberalismo o el socialismo, sino el catolicismo y el tradicionalismo, se enajenó no pocas adhesiones potenciales. La ideología laica y profundamente nacionalista de Ledesma carecía de tradición en las derechas españolas, en parte por la propia debilidad de nuestro nacionalismo liberal; y por ello fue mal recibida, percibiéndose como un peligro para el catolicismo español y sus instituciones.

En ese sentido, podemos percibir otra de las insuficiencias de su perspectiva política: su voluntarismo. A veces, Ledesma tuvo una conciencia profundamente distorsionada de la realidad española, que pretendía resolver con fórmulas efectistas. Al final, logró analizar lúcida y realísticamente su propia situación y la viabilidad de su proyecto político, pero ello no fue una constante de su pensamiento. De buscar una figura europea paralela a la suya, la encontraríamos en Robert Brasillach, Marcel Déat, Drieu La Rochelle, Gottfried Feder o Hugo Spirito, hombres trágicos, cuyas ambiciones políticas se vieron finalmente frustradas. Este voluntarismo está en directa relación con la ausencia de sujeto social autónomo para un fascismo español. Si en Alemania e Italia, aquellos movimientos pudieron contar con una base social de sustentación en las clases medias emergentes, en España esos sectores era aún muy minoritarios o prácticamente inexistentes (131). Y las clases populares se encontraban firmemente adheridas, bien a las organizaciones católicas, bien, en el caso vasco o catalán, a las organizaciones nacionalistas, o al movimiento obrero.

Pese a sus intentos, tampoco logró el apoyo de intelectuales de prestigio.

Unido a ello, hay que señalar igualmente la ausencia de liderazgo efectivo. Ni Ledesma ni Primo de Rivera —y en ello también incidió su juventud e inexperiencia— tuvieron la astucia, la capacidad organizativa ni el talento demagógico, no ya de un Hitler o un Mussolini, sino de un Corneliu Zelea Codreanu, que, a pesar de proceder de un país como Rumania profundamente atrasado, consiguió articular un movimiento de importancia (132).

Ledesma estaba, sin duda, más dotado para lo teórico; Finalmente, fracasó en la cosa pública, pero acabó prevaleciendo el intelectual y el analista sobre el dirigente. En ese sentido, no es enteramente cierta la opinión del historiador católico Jesús Pabón, para quien la contribución española al estadio del fascismo es insignificante (133). *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las juventudes de España* tienen, desde el punto de vista estrictamente historiográfico, elementos muy valiosos para el entendimiento y el análisis no sólo del fascismo español, sino de los europeos. A este respecto, sería interesante comparar la interpretación que del fenómeno fascista hizo Ledesma con la del historiador italiano recientemente fallecido Renzo de Felice. Por otra parte, Ledesma sigue siendo, en mi opinión, el mejor historiador del fascismo español; los estudios de Payne, Jiménez Campo o Ellwood no han hecho más que seguir sus pasos y no han añadido nada esencial a lo ya señalado por Ledesma en su momento.

¿Tuvo alguna influencia Ledesma en la gestación ideológica del Estado nacido de la guerra civil? La España de Franco no distinguió a Ledesma, a diferencia de lo ocurrido con José Antonio Primo de Rivera y Onésimo Redondo, con ningún título nobiliario. Y su figura quedó completamente eclipsada en la simbología del régimen por la de «El Ausente». Sus obras completas nunca fueron publicadas. Tampoco tuvo seguidores o exégetas que glosaran su pensamiento e intentaran renovarlo. No existe ningún monumento que haya

contribuido a la perpetuación de su memoria. Solo con la reedición de sus dos libros fundamentales en 1968 por la editorial catalana Ariel volvió el nombre de Ledesma Ramos a suscitar algún interés (134).

No obstante, su influencia en la España de Franco es perceptible. Ciertamente, el Estado nuevo tuvo poco que ver, en su realidad institucional, con el totalitarismo pleno que un día soñó Ledesma. Falange nunca logró la hegemonía dentro de la coalición social y política acaudillada por Franco; pero ello no significa, como a menudo se sostiene, que careciese de influencia. Por de pronto, el régimen de Franco tomó los símbolos políticos creados por Ledesma; y aprovechó el contenido revolucionario de muchas de sus propuestas para garantizar la adhesión de amplios sectores de las clases medias y populares. Aunque tras la derrota del Eje, Falange pasó a un segundo plano, continuó siendo, de hecho, la representante del populismo dentro del régimen, y su rol siguió siendo operativo durante bastante tiempo.

Y ello es impensable sin la aportación doctrinal de Ledesma Ramos. Hoy, aunque su proyecto político original carece por completo de virtualidad práctica, queda de su obra no sólo el vigor analítico de muchas de sus páginas, llenas de desbordante actualidad, sino el testimonio histórico de una de las etapas más dramáticas y trágicas, y, por ello, más interesantes, de la historia española y europea.

#### Notas:

- (1) FELICE, RENZO DE.: *El fascismo. Sus interpretaciones*, Buenos Aires, 1976. Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, «España y el fascismo», en «Verbo». Núm. 188. Septiembre-octubre 1980.
- (2) Vid. GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «La crisis del paradigma marxista. Revolución francesa y fascismo ante las nuevas tendencias historiográficas», en «Veintiuno». Núm. 28, invierno 1955; pp. 31 y ss.
- (3) FELIPE, RENZO DE.: *El fascismo...*; pp. 326 y ss. *Entrevista sobre el fascismo con Michael Leeden*, Buenos Aires, 1979. *Il rosso e il nero*, Milán, 1995.
- (4) HUGHES, H. Stuart.: *Coincidencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, 1972. Zeev Sternhell, *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, 1994.
- (5) MAIER, Ch.: S., *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, 1988.
- (6) FELICE, RENZO DE.: *El fascismo...*; pp. 334 y ss. *Entrevista*; pp. 41 y ss. Theodor GEIGER, *Estratificación social del pueblo alemán*, Madrid, 1971; pp. 201 y ss.
- (7) FELIPE, R de.: op. cit.; pp. 341 y ss.
- (8) HUGHES, H. Stuart: *Conciencia y sociedad*.
- (9) GENTILE, G: «Análisis del Partido», en Armando Cassigoli (ed.), *Antología del Fascismo italiano*, México, 1976; p. 224.
- (10) JÜNGER, E: «La movilización total», en *Sobre el dolor y otros ensayos*, Barcelona, 1995 p. 100 y ss
- (11) MUSSOLINI, B: «El fascismo», en *Escritos y discursos*, Tomo VII. Barcelona, 1935; p. 95. *El espíritu de la revolución fascista*, Buenos Aires, 1976; p. 89.
- (12) GENTILE, G: *Origeni e dottrina del Fascismo*. Roma, 1929; p. 64.
- (13) ROCCO, A.: «La trasformazione dello Stato», en «Politica». Vol. XXVI. Roma 1926; p. 40.
- (14) KERSHAW, I.: «Le mithe du Führer et la dynamique de l'Etat Nazi», en «Annales. ESC». Núm. 3, 1988; pp. 593 y ss.
- (15) SCHMITT, C.: *Teoría de la Constitución*, Madrid, 1934; pp. 120 y ss.
- (16) MUSSOLINI: *El Fascismo*, en op. cit.; p. 93.
- (17) Vid. BORRÁS, T.: *Ramiro Ledesma Ramos*. Madrid, 1971. J. M. SÁNCHEZ DIANA, *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*. Madrid, 1975.
- (18) LEDESMA RAMOS, *El sello de la muerte*. Madrid, 1924; p. 30 y 40.

- (19) LEDESMA RAMOS, *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España*. Barcelona, 1968; p. 52.
- (20) LEDESMA RAMOS, *El sello de la muerte*; p. 197.
- (21) *Ibidem*; pp. 215 y ss.
- (22) LEDESMA RAMOS, *El Quijote y nuestro tiempo*. Madrid, 1971; pp. 72-7.
- (23) GIMÉNEZ CABALLERO, E.: «Ledesma Ramos», en «Razón Española» Núm. 7, octubre 1984; p. 57.
- (24) Vid. FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: *Ortega y el 98*. Madrid, 1979. A. ELORZA, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona, 1984.
- (25) ORTEGA Y GASSET, J.: *Una interpretación de la historia universal*. Madrid, 1979; p. 131.
- (26) Archivo Centro Ortega y Gasset (Madrid). Rollo 9. Tomo 3. Carpeta 65, 3-IV-1930.
- (27) «La Conquista del Estado». Núm. 8, 2-V-1931.
- (28) «Unamuno y la filosofía», en «La Gaceta Literaria», 15-VII-1930.
- (29) «Filosofía 1930», en «La Gaceta Literaria», 1-I-1931.
- (30) «La filosofía, disciplina imperial», en «El Sol», 22-IX-1931. «El curso de Ortega», en «La Gaceta Literaria», 15-1V-1929.
- (31) «Notas sobre Heidegger», en «La Gaceta Literaria», 1-II-1930, 15-II-1930 y 1-IV-1930.
- (32) «El causalismo de Meyerson», en «Revista de Occidente», septiembre 1930. En ese sentido, el historiador Thomas F. Glick llama a Ledesma «el comentarista científico popular» más incisivo de la España de finales de los años veinte. (Thomas F. Glick, *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de entreguerras*. Madrid, 1986; pp. 202 y ss.)
- (33) LEDESMA RAMOS, R.: *¿Fascismo en España? Discurso...*; pp. 231 y ss.
- (34) ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*. Madrid, 1976; pp. 94 y ss.
- (35) «Sobre un libro político de Ortega y Gasset», en «La Conquista del Estado» Núm. 6, 2-V-1931
- (36) «La agrupación de intelectuales» en «La Conquista del Estado» Núm. 1, 14-III-1931.
- (37) LEDESMA RAMOS: *¿Fascismo...*; pp. 331-332.
- (38) «Unamuno y la filosofía» en «La Gaceta Literaria», 15-VII-1930.
- (39) «Grandezas de Unamuno», en «La Conquista del Estado» Núm. 2, 21-III-1931.
- (40) «Maurras y el catolicismo» en «La Gaceta Literaria», 1-V-1928. «La Conquista del Estado» Núm. 1, 21-III-1931.
- (41) «La Conquista del Estado», Núm. 1, 21-III-1931.
- (42) «Nuestra batalla frente al comunismo» en «La Conquista del Estado» Núm. 3, 28-III-1931.
- (43) LEDESMA RAMOS, *¿Fascismo...*; pp. 311 y ss.
- (44) *Ibidem*; p. 303.
- (45) *Ibidem*; pp. 300 y ss.
- (46) «El concepto católico de la vida (II)» en «La Gaceta Literaria», 15-X-1930.
- (47) LEDESMA RAMOS, *El sello*; pp. 33 y ss.
- (48) «Juventud e impresionismo» en «Atlántico» Núm. 3, 5-VIII-1929.
- (49) «El concepto católico de la vida» en «La Gaceta Literaria», 15-I-1930.
- (50) «3 libros de filosofía» en «La Gaceta Literaria», 15-VIII-1928.
- (51) «El filósofo Amor Ruibal» en «La Gaceta Literaria», 1-XII-1930.
- (52) «El pedagogo Cossío» en «La Gaceta Literaria». 1-IV-1929.
- (53) «Un griego» en «La Gaceta Literaria», 1-IX-1928.
- (54) «3 libros de filosofía» en «La Gaceta Literaria», 15-VIII-1928.
- (55) «Nota sobre Descartes» en «la Gaceta Literarias», 15-VII-1928.
- (56) «Cinema y arte nuevo» en «La Gaceta Literaria», 1-X-1928.
- (57) «Las asociaciones de estudiantes» en «La Gaceta Literaria», 1-XI-1928.
- (58) El discurso de Ledesma aparece íntegro en la obra de Joaquín Ventalló, *Los intelectuales castellanos y Cataluña*. Barcelona, 1976; pp. 121 y ss.
- (59) «La Patria Libre» Núm. 4, 9-III-1935.
- (60) «El individuo ha muerto» en «La Conquista del Estado» Núm. 10, 16-III-1931.
- (61) LEDESMA RAMOS, *Fascismo*; p. 217.

- (62) Ibidem; p. 239.
- (63) Ibidem; p. 240.
- (64) «Nuestra Revolución» Núm. 1, 11-VII-1936.
- (65) LEDESMA RAMOS, *Fascismo*; p. 235.
- (66) Ibidem; p. 236.
- (67) Ibidem; p. 236.
- (68) «Ideas sobre el Estado» en «Acción Española» Núm. 24, marzo 1933.
- (69) LEDESMA RAMOS, *Fascismo*; p. 231.
- (70) «Sobre un libro de Ortega y Gasset» en «La Conquista del Estado» Núm. 8, 2-V-1931.
- (71) GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Memorias de un dictador*. Barcelona, 1979; pp. 63 y ss. «El Heraldo de Madrid», 21-I-1930.
- (72) «Filosofía 1930» en «La Gaceta Literaria», 1-I-1931.
- (73) «La Conquista del Estado», Núm. 1, 14-III-1931.
- (74) CAMBÓ, F.: *En torno al fascismo italiano*. Barcelona, 1925.
- (75) APARICIO, J.: Prólogo a *La Conquista del Estado. Antología*. Madrid, 1939; pp. 14 y ss.
- (76) Aparicio, J.: *Aniversario de «La Conquista del Estado»*, Madrid, 1951; p. 24.
- (77) «Los intelectuales y la política» en «La Conquista del Estado», Núm. 5, 11-IV-1931.
- (78) Archivo Miguel de Unamuno (Salamanca), sin fecha.
- (79) La contestación aparece en Ledesma Ramos, *Fascismo*; pp. 85 y ss.
- (80) «Unos minutos con Unamuno» en «La Conquista del Estado» Núm. 4, 4-IV-1931.
- (81) SÁNCHEZ DIANA, J. M.: *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*. Madrid, 1976; p. 131.
- (82) «Juventud e impresionismo» en «Atlántico» Núm. 3, 5-VIII-1929. «Filosofía 1930», «La Gaceta Literaria», 1-I-1931.
- (83) «La vida política» en «La Conquista del Estado», Núm. 1, 14-III-1931.
- (84) «Ortega y Gasset y nosotros» en «La Conquista del Estado», Núm. 15, 20-VI-1931.
- (85) Archivo Centro Ortega y Gasset (Madrid). Rollo 9. Tomo 3. Carpeta 65, 12-IV-1932.
- (86) «Don Ramiro de Maeztu» en «JONS», Núm. 1, mayo 1933.
- (87) «Genio de España. Libro de estímulos» en «La Prensa», Buenos Aires, 30-II-1932. «Genio de España», «ABC», 30-VI-1932.
- (88) «Franco en Portugal» en «Ahora», 4-III-1931.
- (89) «Don Ramiro de Maeztu» en «JONS» Núm. 1, mayor 1933.
- (90) «Pío Baroja y la realidad de lo real» en «La Conquista del Estado», Núm. 1, 14-III-1931.
- (91) «La Conquista del Estado», Núm. 20, 3-X-1931.
- (92) «La Conquista del Estado», Núm. 21, 13-X-1931.
- (93) «La Conquista del Estado», Núm. 7, 25-IV-1931.
- (94) LEDESMA RAMOS, *Fascismo*; pp. 75 y ss.
- (95) Archivo Histórico Nacional. Sección Político Social (Salamanca). Legajo 174, 17-III-1931. «Los hombres de la Dictadura», «La Conquista del Estado», Núm. 4, 4-IV-1931. «La semana comunista», «La Conquista del Estado», Núm. 14, 13-VI-1931.
- (96) GUILLÉN SALAYA: *Anecdotario de las JONS*. San Sebastián, 1938. Santiago Montero Díaz, *Fascismo*. Valencia, 1932.
- (97) Minguez Goyanes J. L.: *Onésimo Redondo*. Valladolid, 1984.
- (98) Aparicio, J.: op. cit.; p. 10.
- (99) SALAYA: op. cit.; pp. 87 y ss.
- (100) Ibidem; pp. 111 y ss.
- (101) «La violencia política» en «JONS», Núm. 3, agosto 1933.
- (102) «El nacional-socialismo alemán. El partido de Hitler» en «La Conquista del Estado», Núm. 2, 21-III-1931.
- (103) LEDESMA: *Fascismo*; p. 301.
- (104) «Adolfo Hitler, canciller» en «Informaciones», 10-II-1933. «La ruta de Alemania», «JONS», Núm. 1, mayo 1933.
- (105) «Los sistemas fascistas» en «JONS», agosto 1934.
- (106) «La Conquista del Estado», Núm. 21, 10-X-1931.
- (107) LEDESMA: *Fascismo*; pp. 107 y ss.

- (108) vid. ELORZA, op. cit.; pp. 218 y ss.
- (109) ANSALDO, J. A.: *¿Para qué? De Alfonso XIII a Juan III*. Buenos Aires, 1951; pp. 63 y ss. VEGAS, E.: *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía*. Barcelona, 1982; pp. 89 y ss. Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ. *Testigo y recuerdos*. Barcelona, 1978; pp. 120 y ss.
- (110) «Declaraciones ante el discurso» en «JONS», Núm. 5, noviembre 1933.
- (111) Archivo Conde de los Andes (Jerez de la Frontera), sin fecha. Entrevista con Javier M. Bedoya, 4-IV-1990.
- (112) «JONS», Núm. 8, marzo 1934.
- (113) LEDESMA: *Fascismo*; pp. 178-179.
- (114) Ibidem: pp. 180 y ss.
- (115) Ibidem: p. 197. «La Nación», 4-IX-1934.
- (116) Ibidem: pp. 200 y ss.
- (117) PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1976; pp. 484 y ss.
- (118) ABC», 30-XII-1934.
- (119) BEDOYA, J. M.: entrevista, 4-IV-1990.
- (120) «ABC», 15-I-1935.
- (121) «La Patria Libre», Núm. 6, marzo 1935.
- (122) AREILZA, J. M.: *Así los he visto*. Barcelona, 1974; p. 89.
- (123) BEDOYA, J. M.: entrevista, 4-IV-1990.
- (124) LEDESMA, *Fascismo*; p. 36.
- (125) Ibidem: pp. 65 y ss.
- (126) Ibidem: pp. 150 y ss.
- (127) «ABC», 24-VII-1935.
- (128) «El patriotismo» en «ABC», 1-IX-1935.
- (129) GOMÁ, I.: «Catolicismo y Patria», en *Pastorales de la guerra de España*. Madrid, 1955; pp. 194 y ss.
- (130) «Claridad», 7-II-1936.
- (131) MURILLO FERROL, F.: *Las clases medias españolas*. Granada, 1959.
- (132) VEIGA, F.: *La mística del ultranacionalismo*. Barcelona, 1988.
- (133) PABÓN, J.: *Cambó (II)*, 1918-1930. Barcelona, 1969; p. 479.
- (134) Vid. FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: «El Fascismo», en *Pensamiento español, 1968*. Madrid, 1969; pp. 215 y ss.

[Artículo publicado en la revista *Razón Española*, nº 80, noviembre - diciembre 1996, p. 261 – 298.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 50